



Conversacion LXXV

SOBRE LA BUENA MUERTE.

Serápia. Venimos á saber, qué es lo que has pensado acerca de nuestra última Conversación sobre la Muerte.

Rogata. Considerando la Muerte como una misericordia de Dios, que pone fin á todas nuestras miserias; como una penitencia que espía todas nuestras culpas; y como un medio excelente para glorificar á Dios: confieso, que ya no la tengo tanta oposición ni repugnancia.

Tálida. Mucho nos regocijamos de ver, que por último has cedido á la fuerza de estas verdades, que deponen con tanta energía en favor de la Muerte.

Rogata. Yo confieso, que en nada de esto pensab antes de ahora; dejándome llevar solamente de lo que la Muerte tiene de horrendo y espantoso.

Serápia. Eso era pensar y obrar segun lo humono, y no conforme un Cristiano debe hacerlo; y eso es tambien consultar y regirse por los sentidos, no por la razón iluminada con las luces de la fé.

Rogata. Forzoso, pues, será mudar de sentimientos, igualmente que de lenguaje. Enseñadme vosotras á bien morir.

Tálida. Todo lo que sobre la muerte te hemos dicho hasta aquí, no servirá poco para proporcionarte una buena muerte.

Rogata. Pero quisiera yo saber, ¿si no se necesita algo mas que esto?

Serápia. A este propósito te diremos lo que cierto día respondió un gran santo. “El hecho de una buena muerte (decía) debe tener por colchon la caridad; pero convendrá tambien tener la cabeza reclinada sobre las dos almohadas de la humildad y la confianza; y asi espirar con la humilde confianza en la misericordia del Señor.

Rogata. Yo encuentro en esa respuesta no solamente mucha oportunidad; si tambien agudeza y chiste.

Tálida. Probablente, porque se retuviese mejor en la memoria, usaría este Santo de aquellas expresiones figuradas y metafóricas.

Rogata. Yo por mí, te prometo no echarlas jamás en olvido.

Serápia. Exáminemos, pues, qué es lo que quiso de-

cirnos aquel Santo con esta respuesta, que tan bella y tan ingeniosa te ha parecido.

Rogata. Lo mismo quería yo preguntar.

Tálida. Tenéis razón pues muchas veces; se suele una quedar en solas las palabras, sin saber lo que significan.

Rogata. Así es como tú lo dices. ¿Qué es pues, necesario hacer para tener caridad, de suerte que se pueda decir, que el alma está como tendida, recostada y descansando sobre, ella como en un colchón?

Serápia. Es necesario tener esta virtud en toda su extensión.

Rogata. Y ¿qué extensión necesita ella tener?

Tálida. Necesita ella subir hasta el cielo; difundirse luego por la tierra; y últimamente descender hasta el purgatorio.

Rogata. Grande es la extensión que con esto la dais.

Serápia. Pues no debe tener menos, para semejarse á un colchón; el cual se extiende por todos lados al derredor y debajo del enfermo.

Rogata. ¿Qué es lo que hace esta virtud en el cielo?

Tálida. Hace que amemos á Dios con un amor sumo; y á la Santísima Virgen y á todos los Espíritus bienaventurados, con un amor muy íntimo.

Rogata. ¿Qué quieres dar á entender cuando dices que la caridad hace que amemos á Dios con un amor sumo?

Serápia. Lo que quiero decir es, que hace que le

amemos con un amor tan superior á cualquiera otro amor, como lo es él mismo Dios respecto de todas las criaturas.

Rogata. Y ¿cuándo amaremos á Dios con este amor sumo?

Tálida. Cuando ya podamos decir, como san Pablo, con afectos de humilde confianza: “¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Será acaso la tribulación, ó la aflicción y congoja, ó la persecución ó la hambre, ó la desnudez, ó los peligros, ó la espada y “la violencia (1)?”

Rogata. ¿Qué es lo que el santo apóstol quería decir, explicándose de esta suerte?

Serápia. Quería significar, que su amor á Jesucristo era tan vehemente y tan intenso, que todas aquellas cosas, ó juntas, ó separadas no serían capaces de arrebatársele.

Rogata. ¿Y será necesario estar en igual disposición que San Pablo, para tener este amor sumo?

Tálida. Si; es menester estar prontas á sufrir todas estas cosas, antes que renunciar al amor de Jesucristo.

Rogata. Eso es ya demasiado pedirme.

Serápia. No se te pide mas de lo que es debido. El apóstol san Pablo se extendía todavia mucho mas, cuando decía: (2) “Estoy seguro, por medio de una

1 Rom. 8. 35.

2 Ibid. vv: 38. 39.

“firme confianza en el Señor, de que ni la muerte, ni la vida, ni los Angeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes ni las futuras la violencia, ni nada de cuanto hay de mas elevado ó mas profundo, ni ninguna criatura, podrá nunca separarme del amor de Dios en Jesucristo Nuestro Señor”

Rogata. Veo, que todo esto es una cosa grande; pero hay algunos vocablos que yo no entiendo.

Tálida. Justo será darte la inteligencia de todos ellos. Por Muerte entiende el Santo Apóstol el miedo de la Muerte; por vida, el amor de la vida; por Angeles los demonios; por Principados, aquellos que entre los mismos demonios tienen este nombre, por ser de mas alta gerarquía que otros (aunque pertenecen y son realmente si bien los primeros, pero de la ínfima ó última gerarquía;) (1) por Potestades, los Grandes y Poderosos del siglo; “por cosas presentes,” los males que al presente nos afligen; por “cosas futuras,” los males venideros; por “violencia” las crueldades que se pueden ejercer contra nosotros; por “lo que hay de mas elevado,” la esperanza de los honores y por lo “mas profundo” el temor de las mas profundas humillaciones.

Rogata. Todos estos heroicos sentimientos son muy

1 Véase el Angélico Dr. Sto. Tomás en la 1.^a parte quaest. 108. art. 6., y en otros lugares.

dignos de tan grande Apóstol; mas nosotras, que somos tan débiles, ¿cómo osaremos hablar de esa manera?

Serápia. Si tuvieras Caridad, precisamente hablarías así, y tendrías estos mismos sentimientos.

Rogata. ¡Ojalá! Yo pido á Dios, que me haga esta merced. Decidme, si gustáis, ¿por dónde se extiende después la Caridad.

Tálida. Por la tierra; en donde hace que se ame á todos y á cada uno, con un amor cordial y sincero.

Rogata. ¿Con qué la Caridad á nada excluye de su corazón?

Serápis. A nadie absolutamente; porque con una sola persona que quedase excluida, ya no sería perfecta Caridad.

Rogata. No obstante, hay muchas personas en el mundo, á las cuales casi no se les puede amar, y que aun son fastidiosísimas.

Tálida. Es verdad; pero cabalmente esa especie de personas son mejor que otras, el objeto de la Caridad.

Rogata. Una cosa das ahí por sentada, que es bastante desconocida, por lo menos en la práctica.

Serápia. Sin embargo, debes conceder, que no se necesita tener mucha Caridad (si es que de algún modo se necesita,) para amar aquellas personas que de suyo son amables, y de quienes no recibimos mas que beneficios y favores.

Rogata. Verdad es; pero en nada menos que en eso suele pensar.

Tálida. Pues recapacítalo, por tu vida; y verás, que es muy cierto lo que digo.

Rogata. Mas, al fin ¿qué es lo que pedís se haga con estas tales personas? Cuando mas, será que se les tolere con paciencia.

La Caridad no se contenta con solo eso; quiere también, que se les ame verdaderamente; y que se les haga todo el bien que se pudiere.

Rogata. Es que eso es una cosa que cuesta mucha repugnancia.

Tálida. Yo quiero que sea así; pero si tuvieres Caridad, pasarás por cima de esa repugnancia, y te portarás con estas personas, como si les mirases con mucha inclinación.

Rogata. ¡Grán perfección requiere esto que acabas de decir!

Serápia. A la verdad, la necesita; pero con la Caridad sola se llega á este punto de perfección.

Rogata. Pues, según eso, mucho me temo, que no la tengo yo; porque siento dentro de mí una tal aversión y un oculto menosprecio hacia estas personas, que me cuesta no poco trabajo el contenerme; sin hablar aquí precisamente de la indiferencia con que siempre les miro, aunque no la manifiesto sino en ciertas ocasiones.

Tálida. Tú dices muy bien en eso, de "que temes no tener Caridad;" porque cuando todo eso es voluntario y se hace de propósito, no puede menos de ofender á la Caridad.

Rogata. De hoy mas, ya quiero hacer sobre este punto reflexiones mas serias, que las que hasta ahora he hecho.

Serápia. Obrarás en eso con la mayor prudencia; pues el menosprecio en este particular, es siempre grande y de mucha consecuencia.

Rogata. Habéis dicho también, que la Caridad desciende hasta el Purgatorio: ¿por ventura podrá haber quien no tenga Caridad con las almas que están allí?

Tálida. Así como es faltar á la Caridad no socorrer las necesidades, cuando esto se puede hacer; así también es no tenérsela á aquellas almas, el no procurar aliviarlas cuando hay arbitrio y facultades para ello.

Rogata. Pero una vez que la Iglesia tiene buen cuidado de hacerlo, ¿no podrá una vivir descuidada en este punto?

Serápia. Eso no te dispensa de hacer por tu parte todo lo que pudieres. ¡Cuántas almas habrá en el Purgatorio, que eran de tu cariño cuando vivían acá en la tierra! Pues ¡qué inhumanidad no sería dejarlas estarse abrasando dia y noche en aquellos voraces fuegos, por falta de sufragios!

Rogata. Os confieso, que jamás he pensado en tal cosa, como no sea el dia de los Finados.

Tálida. Si tuvieras mucha Caridad con estas almas, no dejarías pasar dia ni noche alguna, sin acordarte de ellas; y de una manera que les fuese útil y provechosa.

Rogata. ¿Con qué esto es lo que se debe hacer, para tener esa amplia y extensa Caridad que vosotras pedís?

Serápia. Sí; y no te parezca, que es tan poca obra esta.

Rogata. Mas, al fin: ¿no bastará tener todos estos sentimientos á la hora de la Muerte?

Tálida. Bien está; yo quiero que sea así; pero ¿quién te ha dicho que los tendrás en aquella hora, no habiéndolos tenido antes?

Rogata. Dios podrá dispensarme esta gracia.

Serápia. Concedo que podrá, porque todo es posible para Dios; pero según el curso y orden regular, las constumbres ó hábitos no se forman tan aprisa; y así, serás mucho mas prudente en ejecutar esto con tiempo.

Rogata. Yo procuraré no desperdiciar ni un momento.

Tálida. Así te lo aconsejo; y por muy presto que empieces, nunca será de mas.

Rogata. Decidme, en amistad; ¿es una misma cosa morir en Caridad; morir por la Caridad; y morir de Caridad?

Serápia. No es lo mismo: porque morir en Caridad, es morir como los Justos, con la Caridad en el corazón: morir por la Caridad, es morir como los Mártires; por la causa de la Caridad; morir de Caridad, es morir á impulso de un ardor y un exceso san-

to de Caridad; como la Santísima Virgen y algunos santos, á quienes Dios ha favorecido singularmente.

Rogata. Me alegro infinito de saber esta diferencia; y también quisiera saber, cual es la que hay entre el amor de complacencia, y el amor de benevolencia ó de amistad.

Tálida. La diferencia está en que por el amor de complacencia nos regocijamos y complacemos en considerar las grandes perfecciones que hay en Dios; y por el amor de la benevolencia le deseamos todo el bien que somos capaces de desearle; y este bien que le deseamos, se reduce á que Dios sea debidamente honrado por sus Criaturas. (1)

Rogata. Yo apruebo y aun aplaudo lo primero, porque ciertamente hay mucho campo para regocijarse de las grandes Perfecciones de Dios; mas no apruebo lo segundo; porque eso es dar á entender, que á Dios le falta alguna cosa; y esto no es pasible.

Serápia. Es que este bien, que parece le falta á Dios de parte de las criaturas, en nada disminuye su eterna felicidad ni su grandeza; porque Dios es esencialmente feliz, y siempre grande por si mismo; y así, no menos debes confesar lo segundo que lo primero.

Rogata. No obstante, siempre se verifica, que le falta algo, puesto que se le desea.

1 Santo Tomás explica perfectamente esta diferencia en su Prim. Secund. Quaest. Artic. 2. corp.

Tálida. Ese es un bien puramente exterior y accidental, que nada añade á su bienaventuranza esencial ni á su grandeza; pero que, debiéndosele por tantos títulos, se refunde y convierte en veneficio de sus Criaturas, cuando ellas se le dan.

Rogata. Ahora ya entiendo yo eso; y lo califico de bueno enteramente, cuanto cabe.

Serápia. Y nosotras admitimos con gusto esta tu aprobación.

Rogata. Además de la Caridad, habeis dicho también, que para alcanzar una buena muerte, son necesarias la humanidad y la confianza: explicadme en pocas palabras lo que viene á ser una y otra.

Tálida. Ya sabes que lo son estas dos virtudes; y así es excusado, que preguntes nada sobre ellas.

Rogata. Perdonad; que una explicación por menor de una y otra, me dará mucho gusto.

Serápia. Forzoso será ceder á tus instancias: la humildad es una virtud que nos hace estar siempre como sumergidas en nuestra nada y en nuestra miseria, siendo el pecado la mayor que tenemos; y en este humilde convencimiento gusta pe vernos el Señor, para participarnos sus gracias y sus misericordias.

Rogata. Y ¿no es muy de temer que semejante disposición llegue á precipitarnos en el extremo de abatimiento y desesperación?

Tálida. No; siempre que, después de habernos humillado de esta suerte á vista de nuestra nada y de nuestra miseria; nos alentemos inmediatamente, por

medio de la confianza en Dios, considerando la inmensidad de su misericordia, y la superabundancia de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Rogata. Con que ¿es menester juntar ambas á dos virtudes?

Serápia. Es necesario no separarlas jamás, si es que deseamos tener siempre á nuestra alma en un santo equilibrio.

Rogata. No entiendo yo esa última palabra.

Tálida. Quiero decir: si es que deseamos no ladearnos ni hacia el extremo de la desesperación, ni tampoco hacia el de la presunción y orgullo.

Rogata. ¿Luego será menester espirar con una humilde confianza en la misericordia de Dios?

Serápia. Sí; y haciendo de este modo, seguirás el consejo que nos dan los Santos, y morirás con la muerte de los justos (1).

Rogata. A eso aspiro yo con todo el anhelo que cabe.

Tálida. Haz puntualmente todo cuanto te hemos dicho; y serás favorecida con esta dicha tan grande.